

TÍTULO: EL NÚMERO DE LA BESTIA

PSEUDÓNIMO: NÍVEA

MODALIDAD: RELATO CORTO

AYTO. DE VÍCAR (Almería)	
Centro Municipal de Información a la Mujer	
REGISTRO DE ENTRADA	
Núm.:	5
Fecha:	R-C

Esta narración comienza de igual modo que un sinfín de ellas, en un enclave peculiar, cuasi mágico, caótico como la vida; un océano al que confluyen tantos seres como los que pueden congregarse un día cualquiera en el Ganges; un microcosmos en el que todo y nada puede acaecer: un singular mercado. Y que tiene como colofón uno idéntico al de otras tantas historias; un análogo desenlace que no pasa inadvertido..., en especial, por su abrumadora cadencia.

Hamal se desliza como un ofidio por el dédalo de callejones de aquel exótico lugar. Lo hace portando consigo una invaluable mercancía, oriunda de tierras lejanas, en busca del mejor postor.

Avanza decidido, sorteando la turbamulta, a la par que se impregna de una amalgama de fragancias; se halla en la zona de las flores. Miles de rosas y lotos de vibrantes colores configuran un bello cuadro cromático, cuyas pinceladas, perfectamente, podrían haber sido trazadas por el maestro Van Gogh.

Luego, serpentea por angostos y sombríos pasillos de paredes recubiertas por alfombras y tejidos. El intenso olor a cuero hace que respirar se convierta en una bizarra tarea. Observa con detalle en rededor. Se fija en los múltiples estampados, en sus composiciones, en la calidad del terciopelo, el

raso y el tafetán. Ofrece su preciado bien, aquel que guarda con celo, a varios comerciantes, pero las ofertas no son de su agrado.

Prosigue el recorrido y se adentra aún más. Rebasar el amplio espacio de abastos de productos frescos le lleva más de media hora; no obstante, está dispuesto a efectuar su compraventa a toda costa, aunque tenga que permanecer allí durante la jornada.

Ahora ha llegado a las tiendas de especias donde también el trasiego de gente es incesante; el penetrante olor corporal que emana aquella marea humana se camufla con el inconfundible aroma a curri, cúrcuma, comino, canela de Ceilán y amchoor, entre otros.

Los condimentos demandados en proporciones ingentes están organizados en montones de llamativas tonalidades; los mercaderes van tomando cantidades y las sopesan sobre los brazos de antiguas balanzas de metal corroído por el transcurrir de generaciones, a la vez que vociferan poniendo en práctica con ímpetu el secular regateo. De nuevo, Hamal enseña el género que desea enajenar, sin embargo, unos y otros andan demasiado enfrascados en lo suyo y hacen caso omiso, recibiendo el hombre, como contrapartida, nada más que semblantes de desprecio.

Ya desesperado, va a las joyerías y orfebrerías con escaparates saturados de anillos, collares y zarcillos de oro y argento, en los que la filigrana es un arte. Desprenden un resplandor casi cegador. Esa atmósfera le lleva al convencimiento de que allí debe haber alguien que sepa apreciar el valor de su tesoro. Y no anda desencaminado... Un dependiente le pide que aguarde; este

efectúa una llamada telefónica; minutos después le indica que acuda al cafetín, su jefe le espera.

Dirige sus pasos hacia las entrañas de aquel centro neurálgico, donde se dan cita las personas adineradas; donde, de modo clandestino, se cierran los más oscuros acuerdos y se tratan los más turbios asuntos... Y, efectivamente, será allí donde, con los hipnóticos compases de las notas de un sitar y un par de tazas de té, Hamal consiga perfeccionar su negocio.

* * *

Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis y siete.

Alisha se halla de pie en el salón de su humilde casa, levantada a base de mimbre, barro y estiércol, dentro de una aldea cochambrosa en la que la delincuencia y el trapicheo, como modo de supervivencia, están a la orden del día. El interior, de techos bajos, es de estilo sobrio y de mobiliario austero; tan solo unas pocas repisas fabricadas a partir de unas maderas desvencijadas. No usan sillas, tampoco mesas, en su lugar hay un ajado charpoy destinado a usos múltiples y un baúl de hierro forjado en el que se guardaban las pertenencias más preciadas, que brillan por su ausencia ya que han sido malvendidas con tal de sufragar los gastos del acontecimiento.

El ajetreo de familiares es incesante. La miran de soslayo mientras cuchichean. Alisha se siente como un árbol desnudo azotado por el viento.

Una de sus hermanas se acerca y sitúa en frente, en el suelo, un par de zapatos de alto tacón, cuyo objetivo ulterior es el de disimular su edad y, claro está, que aún es un mero bosquejo de mujer.

A ambos lados, sus delicadas manos y antebrazos se extienden como lienzos en blanco. Están siendo temporalmente tatuados con hermosos dibujos cuyo diseño, a menudo, se asemeja a la hojarasca, cuando no a la fauna, empleando ondas, formas geométricas, complejos remolinos y líneas zigzagueantes.

Una vez se ha calzado, sus delgados tobillos, finas columnas que soportan el peso de un cuerpo a medio terminar, se resienten y de inmediato padece un dolor similar a puntadas de alfileres. Al cabo de unos segundos le sobreviene un vahído; pierde el equilibrio. Se va a desplomar, pero su padre reacciona a tiempo y la yergue, mientras le bisbisea en su pabellón auditivo unas palabras ininteligibles para el resto.

Todos se inquietan e intercambian opiniones en voz queda. De inmediato, la madre solicita que traigan con urgencia un vaso de agua a fin de que la chica tome un sorbo.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis y siete.

Las muchachas que rodean a Alisha le siguen prestando toda suerte de atenciones. Atusan su cabello y proceden a peinarla colocando abalorios con los que recoger su lengua melena; pintan sus facciones con tal de acentuar sus rasgos; liman y esmaltan sus uñas; pasan a grabar sus pies con aquellos simbólicos mosaicos; ungen su cuerpo con óleos; le colocan aretes, colgantes, amuletos y otras baratijas; y, por último, como si de una peonza se tratara, pasan a envolverla, siguiendo el mismo estilo que un pareo, con cinco metros de tela color granate, símbolo de la pasión, hasta tapar sus hombros; es el sari típico.

Enseguida traen un espejo; en cuanto la «desaparecida» niña contempla su armonioso reflejo, unas lágrimas acarician su rostro.

De repente, un continuo estrépito se deja oír en la lejanía. *Ipsa facto*, todos saben lo que eso significa; no hace falta articular palabra. El nerviosismo no tarda en brotar y un mutismo sepulcral se apodera del ambiente. Por los gaznates del padre y la madre corre saliva a raudales, cual trago de alcohol, e intercambian miradas de complicidad —nunca mejor dicho, pues son verdaderos cómplices—. Los presentes muestran «*rigor mortis*»; no cabe duda, están muertos..., pero de miedo. No saben qué hacer; vacilan entre darse a la fuga o, por el contrario, permanecer y aceptar los que parecen ser los inexpugnables designios del destino.

Poco después, el eco de aquel ruido se percibe con más rotundidad; la intuición se afana en predecir qué va a ocurrir en breve... Y el latir del corazón de Alisha se acompasa, con brío, al son de unas esperanzadoras sirenas que anuncian su pronta liberación; el esplendor de sus iris, que irradian dicha, contrasta con el rictus desencajado de sus progenitores.

Y es que allí no solo tienen lugar los prolegómenos de una ceremonia, sino que se están dando cada uno de los elementos que integran el tipo delictivo de una boda ilegal... Así es, no es una celebración, sino la perpetración de un matrimonio punible.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis y siete.

Los estruendos resuenan... Los vehículos están próximos. Alisha esboza una sonrisa; su músculo capital palpita con mayor potencia, como si quisiera abandonar la estrecha cavidad que lo alberga. Ya se atisban las refulgentes

luces. La pesadilla está llegando a su punto final, sin embargo, la intuición a veces yerra... Las fuerzas de seguridad, contra todo pronóstico, pasan raudos de largo, no se detienen; están inmersos en la persecución de un malhechor que frecuenta aquellos lares. Por desgracia, se trata de un punto y seguido, y las ilusiones de la joven, en un santiamén, dan al traste.

Aquellos padres que han actuado en connivencia exhalan en señal de alivio, lo hacen con tanto ímpetu que su profunda respiración se asemeja a un fatal estertor.

Ambos contactaron con Hamal, un afamado intermediario. Le entregaron, a cambio de un estipendio, el valioso artículo con el que, junto a otros de su misma especie, este se dirigió al tumultuoso bazar: una instantánea de su hija, una vulgar fotografía con la que mostraba la materia prima que, con vehemencia, sometería a subasta pública como si de una pieza de ganado se tratase.

Él hizo las funciones de casamentero... Meses atrás, cuando llegó al cafetín, un hombre de silueta enjuta, piel cetrina y aspecto desaliñado, que debía rondar el medio siglo, le hizo un gesto. Se acercó. Tomaron asiento y Hamal, yendo al grano, no tardó en poner las «cartas» sobre la mesa; un muestrario de retratos que fue examinado con ojos lascivos. Aquel ser repulsivo, de toscos ademanes, tomaba aquellas fotos con cierto desdén, como si fueran simples cromos. No tardó en elegir a Alisha, quedó obnubilado ante su pronta belleza, a la par que expulsaba una aviesa carcajada que dejaba entrever los sórdidos pensamientos que cruzaban su intelecto... Acto seguido, pasarían a concertar las condiciones. Lo harían de manera pormenorizada, estableciendo, en función de la lozanía y garantía de su virginidad, la dote que

tendría que ser abonada por la familia, si es que querían que la unión llegara a buen término. Al fin y al cabo, les estaba haciendo un favor; en un entorno paupérrimo, alimentar una boca más era un peso que aquellos padres no podían asumir. El deshacerse de su primogénita les aliviaría, al menos por un tiempo, de las dificultades económicas por las que atravesaban, pese a que aún les quedaban otras dos hijas por colocar, en definitiva, otras dos cargas que los podrían llevar a la ruina si no actuaban con diligencia.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis y siete.

Aquel día, en el domicilio, nadie intuyó que cuando la chica sufrió un leve desvanecimiento y su padre, tras tambalearse, la tomó por el brazo, en ese preciso momento le clavó su callosa garra de campesino, al tiempo que le musitó al oído, con rudeza, que se recompusiera, que no era hora de pantomimas, que aquel enlace se iba a producir quisiera o no.

Ni el que los parientes hablaran en voz baja era para evitar que se levantaran las sospechas de moradores cercanos que pudieran denunciar los hechos.

Y que las gotas transparentes que abandonaban las glándulas lacrimales y que resbalaban por la faz lívida de la novia no eran de alegría, tampoco de nervios lógicos derivados del trance, menos aún de emoción, sino de terror, auténtico pánico, pues sabía que, muy probablemente, en las próximas horas sería violada..., y quién sabe si maltratada, como ya lo habían sido algunas de sus amigas cuyo *leitmotiv* de «mi cuerpo no se vende» se había esfumado con similar facilidad con la que colapsa un castillo de naipes ante el soplo que abandona la boca de un crío.

Fue entonces cuando Alisha, cuyo nombre significa «la protegida de Dios», concluyó que estaba desamparada y que, al caer la noche, tras la fiesta, comenzaría su descenso en barrena hacia las fauces del averno.

Una vez más, las fatídicas estadísticas arrojaban el número maldito; lamentándolo, no se equivocaban ni engañaban. Ese número que para ella representaba el de la bestia, el del monstruo con figura humana que iba a arruinar su vida, no era otro que el siete... Sí, cada siete segundos una menor es compelida a casarse... y Alisha no sería ni será la última.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis y siete.